
Debilitar la religión y la política

Pedro Alzuru



Por lo general, las obras de arte no dicen nada sobre los sucesos que cambian el mundo, ni los anuncian proféticamente, ni nos ofrecen un balance de ellos. Tampoco le podemos exigir nada de esto. Los medios de comunicación masiva, la televisión particularmente, evocan con mayor apremio el espanto acerca de las catástrofes y sus traumatizantes secuelas.

Una catástrofe histórica como la ocurrida el 11 de septiembre de 2001, cambia, al contrario, la apreciación de las obras de arte. Tal es el caso de la obra de Joseph Beuys de 1974, *Cosmos y Damián*, versiones de tarjetas postales con una foto intervenida del World Trade Center.

Una de las metas del arte de Beuys es ‘curar’, la creatividad era para él el verdadero capital cultural, con lo que contribuye cada uno, en la medida de sus rendimientos individuales y a través de cambios conceptuales, de mutaciones materiales y formales, a una utopía de la sociedad como “plástica social”.

Una de las metas del arte de Beuys es ‘curar’, la creatividad era para él el verdadero capital cultural, con lo que contribuye cada uno, en la medida de sus rendimientos individuales y a través de cambios conceptuales, de mutaciones materiales y formales, a una utopía de la sociedad como “plástica social”.

En aquella fecha, su primera visita a Estados Unidos, cuando también llevó a cabo, abajo del hoy inexistente Centro Mundial de Comercio, la acción *Amo a América y América me ama*, este centro le pareció el paradigma del capital que deseaba mejorar con su concepto artístico. Transformó la apariencia de las torres gemelas en dos torres de grasa para sustituir el cristalino y frío “sistema terminal del capitalismo inhumano” y transformarlo en el “capital de la creatividad del calor social”.

Durante mucho tiempo esta terapia fue sólo el recuerdo de una ilusión artística pero el horizonte en blanco y negro del fanatismo fundamentalista, para el cual no hay evolución histórica, hizo de la catedral del mundo occidental, que había sustituido a Dios por el dinero, blanco del odio acrítico y destructivo. La obra de Beuys ha cobrado desde entonces una angustiosa actualidad (1).

El odio acrítico y la destrucción son cultivados sobre todo por los fundamentalismos religiosos y políticos; debilitando la religión y la política, el arte nos “cura” del odio y la destrucción, es lo que el artista ha hecho siempre y siempre seguirá haciendo sin necesidad de que ningún iluminado -religioso o político- se lo indique.

No debería extrañarnos que un representante del pragmatismo filosófico, un profesor que se ha descrito a sí mismo como ateo, haya sido honrado en nombre de un místico cristiano, para quien sólo Dios era de importancia. De esto nos quiere persuadir Richard Rorty en su discurso de agradecimiento con motivo del premio Meister Eckhart, otorgado por la Identity Foundation de Dusseldorf (2).

Si esto no crea un escándalo, el que un filósofo que piensa con Nietzsche que los seres humanos deberían ponerse como meta la autocreación, reciba un premio en nombre de un teólogo cristiano para quien la virtud primordial era “plena y verdadera obediencia”, debe

Cuando hablamos de fundamentalismo político nos referimos a aquellas ideologías políticas que laicizan la promesa de la salvación con la promesa del progreso, de la felicidad colectiva lograda a través de entelequias como la revolución, los pobres, el pueblo, los desposeídos, etc. Cuando se “cree” en estas entelequias pasa lo mismo que con otras soluciones metafísicas: el que “cree” se siente salvado y se convence de que el que “no cree” merece desaparecer.

ser porque la controversia teísmo-atéismo ya no juega un papel de consideración.

Esta autocreación, necesita un ámbito de concordia y reciprocidad –lo que no quiere decir irenismo y unanimidad-, que el fundamentalismo religioso y político no propicia. Cuando hablamos de fundamentalismo político nos referimos a aquellas ideologías políticas que laicizan la promesa de la salvación con la promesa del progreso, de la felicidad colectiva lograda a través de entelequias como la revolución, los pobres, el pueblo, los desposeídos, etc. Cuando se “cree” en estas entelequias pasa lo mismo que con otras soluciones metafísicas: el que “cree” se siente salvado y se convence de que el que “no cree” merece desaparecer.

Todavía en 1900 los profesores de filosofía discutían sobre la cuestión que un siglo antes había preocupado a Kant y a Hegel: hacer compatible la imagen del mundo que nos da la ciencia con la imagen del hombre que nos da el cristianismo. Hoy aseveran que no es necesario unificar sus diversas autodescripciones, como intelectuales pluralistas, están dispuestos a salir al paso sin la metafísica y demás sistemas que todo lo comprenden y abarcan.

Sólo se llaman “ateístas” todavía aquellos que entienden la existencia de Dios como hipótesis empírica, alegan que la ciencia nos ha dado explicaciones materialistas de los fenómenos para los cuales nuestros antepasados tenían que recurrir a Dios, reiteran la irrelevancia de la intervención de los sentidos sobre los atributos de un ser que no pertenece a la esfera

del tiempo y del espacio. Pero precisamente por eso, el argumento de una “evidencia empírica” no es suficiente cuando se habla de Dios; el ateísmo no encuentra apoyo en esta constatación.

El actual presidente de los Estados Unidos dijo que el ateísmo es un “credo”, ya que no se deja “refutar ni confirmar por medio de argumentos o hechos comprobables”. Debemos decir lo mismo del teísmo, ya que es inservible considerar la decisión entre teísmo y ateísmo, como una decisión entre dos explicaciones alternativas de fenómenos observables.

También se acogen al “ateísmo” aquellos que utilizan esta palabra en lugar de “anticlericalismo” o de “secularismo”. Estos dos términos parecen ser más adecuados que el primero, ya que ser anticlerical no es una perspectiva epistemológica o metafísica sino política, la de aquellos que consideran que las instituciones eclesiásticas, aunque hagan cosas buenas pueden poner en peligro el bienestar de las sociedades democráticas. Los fundamentalistas cristianos, -cuyo apoyo es básico para regímenes no precisamente democráticos-, socavan la tradición secularista. Gracias a ellos parece de nuevo respetable hablar de “nación cristiana”.

Los anticlericales tienen la esperanza de que la religión institucionalizada desaparezca de la faz de la tierra. Consideran que todo lo del “más allá” es peligroso porque entorpece el poder de los seres humanos de fomentar el bien en la vida al esperar que un poder más allá del suyo haga el trabajo que les corresponde. La demagogia y el mesianismo político tienen un efecto semejante al crearle a un determinado sector social un “más allá”, una especie de juicio final donde otro sector social, el causante de todos sus males, será enjuiciado y castigado, mientras el primer sector, los desposeídos, los oprimidos, pasarán al Paraíso, donde





tendrán sólo derechos sin ningún deber. No es necesario afirmar que la creencia religiosa es irracional o políticamente peligrosa, mientras ésta sea algo privado, irrelevante para la vida pública.

Gianni Vattimo en su libro *Creedere di credere* (3),

no afirma que todas las personas tengan que ser teístas, menos aún católicas. Está en concordancia con los secularistas en la idea de la privatización de la religión, en separar las preguntas “¿Tengo el derecho de ser religioso?” y “¿Deben todos creer en la existencia de Dios?”. En acuerdo con el debilitamiento que estamos planteando, tenemos que separar también las preguntas ¿Tengo el derecho de ser revolucionario? y ¿Deben todos creer en la revolución?

Vattimo rechaza tanto el intento de relacionar religión con verdad como la teología “existencialista” que se ampara en la creencia de que la salvación vendría de una divinidad por completo diferente a lo humano. De aquí que su teología, es acorde al “mediocreuyente”, a los “tibios de fe”, a aquellos que sólo van a la iglesia para casamientos, bautizos y entierros. En coherencia con esta teología, debemos desarrollar una cultura política de mediocreyentes y de tibios de fe, en la cual el arte y la estética jugarían un rol fundamental, que no evalúe las diversas ideologías y los diversos proyectos con sentimientos mesiánicos sino por su eficacia en desarrollar el mayor bienestar para el mayor número y que sus logros no impliquen la muerte de los opositores.

Pero la más importante afirmación del filósofo italiano en este texto es que explica la encarnación de Cristo como un acto en el que Dios sacrifica todo su poder y autoridad, toda su otredad. Ve la encarnación como una kenosis, un acto en el que Dios puso todo en las manos de la humanidad. La secularización sería

entonces una característica constitutiva de la auténtica experiencia religiosa.

En este orden de ideas y a diferencia de Hegel y de los fundamentalismos religiosos y políticos, para Vattimo la Historia no tiene ni dinámica interna ni teleología inherente, sólo tiene la esperanza de que triunfe el diálogo y el pacto. Toma la Historia tan en serio como Hegel pero no la introduce en un contexto epistemológico o metafísico con la intención de desmontar la falsa contradicción entre ateísmo positivista militante y defensa simbólico existencialista del teísmo. No iguala a Cristo con la verdad o con el poder sino con el amor.

El argumento de Vattimo prolonga líneas de pensamiento que provienen de Nietzsche y Heidegger, de James y Dewey, las cuales coinciden en el pensamiento de que la búsqueda de la verdad y el saber es el deseo de concordancia intersubjetiva. La búsqueda de este acuerdo es una necesidad humana entre otras, por esto deben tratarse por igual las diferencias entre lo cognitivo y lo no-cognitivo, satisfacción de necesidades públicas y satisfacción de necesidades privadas. Rorty resume sus acuerdos con Vattimo diciendo que la religión y las ciencias naturales debatieron durante el siglo XIX por la supremacía cultural; para ambas fue conveniente que esta lucha la ganara la ciencia. Verdad y saber son aspectos de la cooperación social y la ciencia nos da los medios para realizar mejores proyectos en este sentido.

Fue bueno, efectivamente, que la ciencia ganara pero esa victoria al parecer no se adquiere de una vez por todas, la ciencia con su capacidad para realizar mejores proyectos de cooperación social debe derrotar diariamente a la religión transfigurada en la promesa política demagógica. Sólo nos es necesaria la conjunción entre ciencia y sano sentido común. Tanto la búsqueda de la verdad como la búsqueda de Dios son consecuencias del influjo cultural, ya no tiene sentido oponer la fe y la razón, ya no debemos pensar que la falta de sentimientos religiosos es un signo de vulgaridad ni que su existencia es una cobardía.

Tanto la búsqueda de la verdad como la búsqueda de Dios son consecuencias del influjo cultural, ya no tiene sentido oponer la fe y la razón, ya no debemos pensar que la falta de sentimientos religiosos es un signo de vulgaridad ni que su existencia es una cobardía.

Vattimo considera la kenosis, la decisión de Dios de dejar de ser nuestro Señor y convertirse en nuestro amigo, el acontecimiento más importante del pasado y lo sagrado como la rememoración de este acontecimiento. Para Rorty lo sagrado tiene que ver con la esperanza de que nuestros descendientes vivan en una civilización planetaria que esté bajo el mandato del amor, en la que el poder sería exclusivamente una cosa del libre convenio de un electorado bien instruido y educado. Electorado capaz de comprobar con evidencias empíricas y no con la fe en un paraíso pasado o futuro las promesas de progreso, igualdad, mejor distribución de la riqueza, solidaridad con los desposeídos, etc.

El primero tiene una gratitud que no es posible justificar y el segundo una esperanza que tampoco tiene justificación alguna, ambos dejan atrás la disputa entre teístas y ateístas.

Ambos quieren como Beuys, como Benjamin, contrarrestar la estetización de la política con la politización

del arte, debilitar la política y la religión. Ambos quieren como Marcuse evitar la unidimensionalidad política o religiosa, fomentar el pluralismo, el polimorfismo de lo humano y de lo social. Todos ellos tienen mucho que decirle a los Bush y a los Bin Laden. ■

Citas

(1) Thomas Zaunshirm, Los hermanos árabes. Joseph Beuys y el World Trade Center, Humboldt No 135, Gothe-Institut Inter Naciones 2002, p.12.

(2) Richard Rorty, No se puede eliminar la religión, Idem, pp.30-32.

(3) Gianni Vattimo, Credere di credere, Milano, 1996.

